

ria procuró mitigar, haciéndoles ver que en ello se interesaba su propia seguridad. Respetaron al monarca hasta desistir de toda tentativa de asaltar la fortaleza; pero cambiaron sus operaciones en un regular bloqueo. Colocaron algunas máquinas de guerra alrededor del palacio para impedir la salida de los españoles: suspendieron el tianguis ó mercado con el fin de que no pudiera el enemigo proporcionarse comestibles, y hecho todo esto, esperaron con malévolas desesperación la hora en que la hambre obligaría á sus víctimas á entregarse.

La posición de los sitiados era demasiado triste. Aunque sus provisiones no se habían agotado, sufrían mucho por la falta de agua que dentro del recinto del palacio era excesivamente salobre, pues estaba saturado el suelo con la sal del elemento que lo rodeaba. En este extremo, dicese, que descubrieron en el atrio una fuente de agua dulce. Tales manantiales encontrábanse en otras partes de la ciudad; pero descubiertos por la primera vez en estas circunstancias, consideróse como un milagro. Con todo, sufrían bastante de sus pasados encuentros. Siete españoles y muchos tlascaltecas habían perecido, y apenas había uno solo de las dos naciones, que no hubiera recibido varias heridas. En esta situación, lejos de sus compatriotas, y sin esperanza de socorros exteriores, parecía no presentarse á su vista otra alternativa, que la de morir lentamente de hambre, ó de una manera mas terrible, en el altar del sacrificio. De este triste estado los sacó la llegada de sus camaradas (24).

Con mucha calma escuchó Cortés la explicación que le hizo Alvarado, aunque antes de que la concluyera, debió convencerse de que había hecho una mala elección para tan importante puesto. Y sin embargo, el engaño fué natural. Alvarado era un oficial de familia distinguida, valiente, caballeroso y su amigo personal muy adicto: tenía talento para obrar, firmeza é intrepidez, al paso que sus maneras francas y deslumbradoras, hacían al *tonatiuh* un especial favorito de los mejicanos; pero bajo este brillante exterior, ocultaba el futuro conquistador de Guatemala, un corazón temerario, rapaz y cruel: faltábale aquella moderación, que en el delicado puesto que ocupaba, era cualidad mas apreciable, que todas las demas.

Cuando acabó de contestar Alvarado á las preguntas de Cortés, se oscureció la frente de éste al decir á su lugarteniente: „habeis hecho mal: no habeis correspondido á la confianza que deposité en vos; vuestra conducta ha sido la de un hombre sin juicio.” Y dando la vuelta bruscamente, le dejó con manifiesto disgusto.

No era aquel sin embargo, el tiempo de romper con un gefe tan popular y tan importante para él; y mucho menos el de imponerle el castigo merecido. Eran los españoles, como unos marinos que maniobran en una fuerte tempestad, y cuya nave solo puede libertarse del naufragio por la destreza del piloto, y la eficaz ayuda de la tripulación. Cualquiera disensión en tal momento sería fatal. Es verdad que Cortés se conocía mas fuerte en sus recursos, pues se encon-

(24) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 47.—Gomara, Crónica, cap. 105.

traba entonces á la cabeza de una fuerza que no bajaba de mil doscientos cincuenta españoles, y ocho mil guerreros nativos, principalmente tlascaltecas (25); mas si confiaba en esto para triunfar, el mismo número aumentaba la dificultad de subsistir. Descontento de sí mismo, disgustado con su subalterno, y embarazado por las consecuencias desastrosas en que la imprudencia de éste le había envuelto, se volvió irascible, y adquirió una petulancia no comun en él, pues aunque hombre de pasiones vivas por naturaleza, sabía por hábito gobernarlas (26).

El día que llegó Cortés, había salido á recibirle Montezuma; pero el comandante español, desconfiando segun parece, aunque sin motivo, de la buena fe del monarca indio, le recibió con tanta frialdad, que disgustado y abatido se retiró á su habitación. Como que el pueblo mejicano no daba muestras de sumisión, ni traía provisiones para el ejército, continuó el mal humor del general con el emperador. Por esto, cuando envió Montezuma algunos de los nobles á pedirle una entrevista, dirigiéndose á sus oficiales exclamó orgullosamente: „¿Qué tengo que hacer con este perro rey que permite que nos maten de hambre á su vista?”

Sus capitanes, entre quienes estaban Olid de Avila y Velazquez de Leon, procuraron mitigar su cólera, recordándole respetuosamente, que si no hubiera sido por el emperador, habría destruido el enemigo á los españoles. Esta manifestación solo sirvió para enfurecerle mas. „¿No nos traicionó el perro,” preguntó, repitiendo este oprobioso epíteto, „en sus comunicaciones con Narvaez? ¿Y no sufre ahora que sus mercados estén encerrados dejándonos así morir de hambre?” Luego, volviéndose á los mejicanos, díjoles: „¿id á decir á vuestro amo y á su pueblo, que abran los mercados, ó que lo haremos nosotros á su costa.” Los gefes aztecas, que habían comprendido el insulto hecho á su soberano por el tono y gesto del general, ó acaso porque entendían algo el idioma, salieron de su presencia llenos de resentimiento, y al comunicar su mensaje tuvieron buen cuidado de que nada perdiera de su fuerza (27).

Poco despues, dicese que Cortés por consejo de Montezuma, dió libertad á su hermano Cuitlahua, señor de Iztapalapan, quien se recordará, había sido preso por sospechas de haber cooperado á la revolución meditada por el gefe de

(25) Al partir de Méjico, dejó de guarnición 140 españoles, y cerca de 6500 tlascaltecas, incluso unos pocos guerreros de Cempoala. Suponiendo que de estos hubieran perecido en la batalla 500, que es bastante conceder, todavía quedaba un número que con el nuevo refuerzo podía llegar á la suma referida en el texto.

(26) „Y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado, y soberbio con la mucha gente de españoles que traía, y muy triste, y mohino.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

(27) Esta escena está referida por Bernal Diaz que estuvo presente á ella. (Ibid. cap. 126.) Véase también la Crónica de Gomara, capellan de Cortés, (cap. 106,) y además está confirmada por D. Juan Cano testigo ocular, en su conversacion con Oviedo. Véase el Apéndice parte 2.^a núm. 11.

Tezcuco. Creyóse que podría servir para apaciguar la rebelion de que se habla y aplacar al pueblo; pero no volvió mas á la fortaleza (28). Era un valiente y ambicioso príncipe, y las injurias que habia recibido de los españoles habian hecho una impresion profunda en su corazon; era el heredero presunto de la corona, que por las leyes aztecas de sucesion pasaba mas frecuentemente á líneas colaterales que á la recta. Recibióle el pueblo como al representante de su soberano, y le eligió para ocupar el lugar de Montezuma durante su cautiverio. Cuitlahua aceptó gustoso el puesto de honor y de peligro. Siendo un experimentado guerrero, se dedicó á reorganizar las desordenadas tropas y á arreglar un plan de operaciones mas eficaz, cuyo efecto fué pronto visible.

Entre tanto, dudaba Cortés tan poco de su influjo para contener á los insurgentes que así lo escribió á la guarnicion de Villa Rica en las mismas cartas en que les informaba de su feliz llegada á la capital; pero apenas habia estado ausente su mensajero media hora, cuando volvió sin aliento lleno de terror y cubierto de heridas. „La ciudad,” dijo, „está sobre las armas: se han levantado los puentes levadizos; y pronto estará sobre nosotros el enemigo.” Hablaba la verdad. No pasó mucho tiempo sin que se hiciera escuchar un sonido confuso y desagradable, semejante al bramido de aguas distantes. Creció mas y mas, hasta que desde el parapeto que rodeaba el atrio pudieron distinguirse las calles que conducian á él, cubiertas de multitud de guerreros que en desordenadas masas se dirigian á la fortaleza. Al mismo tiempo veianse los terrados y azoteas inmediatas, llenas de combatientes blandiendo sus armas, y que parecia se habian levantado como por encanto (29). Era un espectáculo bastante para aterrar aun al mas arrojado; pero la horrible tempestad de que esto era preludeo y que tronó con mas y mas fuerza sobre los españoles el resto del tiempo que permanecieron en la capital, debe ser objeto de un libro separado.

(28) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 8.

(29) „El cual mensajero volvió dende á media hora todo descalabrado, y herido, dando voces, que todos los indios de la ciudad venian de guerra y que tenian todas las puentes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecian con gente; la cual venia con los mayores alaridos, y grita mas espantable, que en el mundo se puede pensar.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 134.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, nació en 1478. Pertenece á una antigua familia de Asturias, pues en este último retiro de los intrépidos Godos, cada familia española pretende ser ilustre. Desde su muy corta edad fué introducido á la corte y nombrado paje del príncipe Juan, único hijo de Fernando é Isabel, en quien

descansaban merecidamente sus esperanzas y las de la nacion. Oviedo se halló en las últimas campañas con los moros, y estuvo presente al memorable sitio de Granada. Por la temprana muerte de su real amo acaecida el año de 1496, pasó á Italia, y entró al servicio del rey Federico de Nápoles. Cuando murió este príncipe volvió á su pais, y á principios del siglo XVI le encontramos otra vez establecido en Castilla ocupando el puesto de tesorero de las joyas de la corona. En 1513, nombróle Fernando el Católico veedor ó inspector de las fundiciones de oro en las colonias de América. Trasládose pues, al Nuevo-Mundo, donde pronto tuvo una comision bajo el mando de Pedrarias gobernador de Darien, y participó de la desastrosa fortuna de aquella colonia. Consiguió de la corona algunos valiosos privilegios: edificó una fortaleza en tierra firme; y entabló comercio con los nativos, en el cual puede presumirse que fué feliz, pues despues le vemos al fin establecido con muger y familia en la Hispaniola ó Fernandina como entonces se llamaba. Aunque su principal residencia era en el Nuevo-Mundo, hacia algunas visitas á España, y en 1526 publicó en Madrid su Sumario. Dedicólo al emperador Carlos V, y contiene una relacion de las Indias occidentales, su geografía, clima, razas que las habitaban, así como sus animales, y producciones vegetales. El objeto era de sumo interes para los literatos de Europa, uno de los cuales, habia previamente recogido escasas noticias. El año de 1535 hizo Oviedo otra visita á España, y dió á luz el primer tomo de su grande obra en cuya compilacion habia empleado mucho tiempo; la „Historia de las Indias Occidentales.” En el mismo año le nombró Carlos V alcaide de la fortaleza de la Hispaniola: allí permaneció los diez años siguientes, ocupado con actividad en sus investigaciones históricas; y luego volvió por la última vez á su pais natal. El antiguo literato fué recibido en la corte, y obtuvo el honroso nombramiento de cronista de las Indias, empleo que ocupó hasta la época de su muerte, acaecida en Valladolid el año de 1557 á los 79 años de su edad, precisamente cuando se empleaba en preparar el resto de su historia para la prensa.

Considerando la íntima familiaridad en que vivió Oviedo con las personas eminentes de su tiempo, es singular que se conserven tan pocas noticias sobre su historia personal y su carácter. Nicolás Antonio habla de él como de „un hombre de mucha experiencia, de finos modales, y gran probidad.” Su larga y activa vida, es un buen garante de su experiencia, y dificilmente podrá dudarse de su fina educacion, sabiendo la sociedad que frecuentó. Dejó un gran número de manuscritos sobre la historia civil y natural. El mas importante es su *Historia general de las Indias*, la cual está dividida en tres partes, y contiene cincuenta libros. Diez y nueve de estos forman la primera parte, y es la única que se sabe fué publicada durante su vida. Ella trae con mucha extension los pormenores de la historia geográfica y natural contenidos en su Sumario, agregando una relacion de los descubrimientos y conquista de las islas. El instruido Ramucio con quien Oviedo siguió correspondencia, hizo una traduccion de esta parte de la obra que está publicada en el tercer volumen de su inestimable coleccion. Las otras dos hacen relacion á la conquista de Méjico, del Perú y otros paises de la América del Sur, y esa parte de la obra, es la que se ha consultado al escribir las anteriores páginas. Cuando murió Oviedo, fué depositado el manuscrito en la casa de contratacion de Sevilla, y despues pasó á poder del monasterio de Dominicos de Monserrate. Con el transcurso del tiempo, varias copias mutiladas enriquecieron algunas colecciones privadas, hasta que en 1775 Don Francisco Serda y Rico, empleado en el ministerio de Indias, supo el lugar en

que se conservaba el original, y movido de su celo literario obtuvo orden del gobierno para su publicacion. Bajo su vigilancia, ordenóse la obra para la imprenta, y el biógrafo de Oviedo, Alvarez y Baena, aseguró que pronto se daría á luz una completa edicion de ella preparada con el mayor cuidado; (Hijos de Madrid, (Madrid 1790) tomo II, pp. 354 á la 361;) pero aun permanece manuscrita.

Ningun pais ha producido mas composiciones históricas que España. Sus romances, son historias escritas en verso que datan desde los siglos XII y XIII. Cada ciudad, cada poblacion pequeña, cada familia distinguida, y muchas que no lo son, tienen su cronista. Estos eran muchas ocasiones monges, que en la reclusion del claustro encontraban tiempo suficiente para las ocupaciones literarias, y no pocas veces hombres que habian tomado parte en los acontecimientos que describian, mas expertos en la espada que en la pluma. Las composiciones de esta última clase, tienen un carácter general de aquella indiferencia por el bello estilo, que muestra un entendimiento mucho mas interesado en los hechos de que se ocupa, que en el modo de pintarlos. Los historiadores monásticos por otra parte, hacen muchas veces una pedante ostentacion de cierta erudicion anticuada que contrasta muy singularmente con el estilo familiar de la narracion. Sin embargo, las crónicas de una y otra clase de escritores, pueden frecuentemente reclamar el mérito de contener detalles pintorescos y animados, que muestran que el objeto era de un vivo interes, y que el corazon del escritor se hallaba ocupado de él.

Muchas de las faltas características de que he hablado, se encontrarán en Oviedo. Su estilo no es clásico: sus pensamientos están expresados en sentencias fastidiosas é interminables que pueden llenar al lector de enfado; y el hilo de la narracion está interrumpido con episodios impertinentes, que á nada conducen. Decíase que su literatura era algo escasa, y dificilmente podria dudarse de ello por la ridícula manifestacion de citas latinas con que adorna sus páginas, como un pobre galan que hace la mayor ostentacion de sus adornos. Afectó tomar por modelo á Plinio el mayor, segun aparece del prefacio de su Sumario; pero su obra dista mucho del modelo de erudicion y elocuencia que aquel célebre escritor de la historia natural nos ha legado.

No obstante estos notorios defectos, muestra Oviedo un ingenio claro, y un espíritu ilustrado de observacion, que lo colocó en un lugar muy superior al rango ordinario de los cronistas. Puede tambien decirse que despliega un tono filosófico en sus reflexiones, aunque su filosofia debe considerarse fria y poco escrupulosa, cuando se cuestiona sobre los derechos de los aborígenes. Fué infatigable en reunir materiales para sus escritos, y con este objeto, mantuvo correspondencia con los hombres mas eminentes de su tiempo, y que habian tenido parte en los sucesos que referia. Condescendió tambien en recoger noticias de las fuentes mas humildes; de la tradicion popular, y de las relaciones de los mismos soldados rasos. De aquí es que su obra presenta frecuentemente una mezcla de pormenores incongruentes y contradictorios que pone en duda el juicio del lector, haciendo muy difícil á esta distancia de tiempo, aclarar la verdad. Tal vez por esta razon, Las Casas cumplimentó al autor declarando que „sus obras, eran un trabajo por mayor, lleno de tantas falsedades, cuantas eran sus páginas.” Sin embargo, otra explicacion de este severo juicio puede encontrarse en el diverso carácter de los dos escritores. Oviedo participaba de los sentimientos mundanos de los conquistadores españoles, y al mismo tiempo que estaba siempre pronto á engrandecer las hazañas de sus compatriotas, pesaba li-

geramente los derechos y sufrimientos de los infortunados aborígenes; era incapaz de apreciar la generosa filantropía de Las Casas, ó de alcanzar hasta sus elevadas miras, que indudablemente burlaba como las de un fanático, benévolo tal vez, pero visionario. Por otra parte, Las Casas, cuya voz habia constantemente tronado contra los abusos de los conquistadores, aborrecia los sentimientos mostrados por Oviedo, y era natural que su aversion á los principios, se hubiera extendido á la persona que los profesaba. Probablemente no podian encontrarse dos hombres menos á propósito para formar un juicio recto el uno del otro.

Oviedo manifestó la misma actividad en reunir materiales para la historia natural, que para la civil. Hizo en su jardin una coleccion de plantas indígenas de las islas, y domesticó muchos animales, ó los conservó en jaulas donde pudo estudiar sus hábitos particulares. De esta manera, si no se hizo rival de Plinio y Hernandez en saber, al menos pudo proporcionar al hombre científico hechos del mayor interes é importancia.

Ademas de estas obras históricas, dejó Oviedo otra en seis volúmenes con el extravagante título de Quincuagenas. Se compone de diálogos imaginarios entre los españoles mas eminentes de la época con respecto á su historia personal, sus familias y genealogía. Es una obra de inestimable valor para el historiador de los tiempos de Fernando é Isabel y de Carlos V; pero poca atencion llamó en España, donde aun permanece manuscrita. En los archivos de la real academia de la historia de Madrid, existe una copia completa de la historia de las Indias por Oviedo, y se cree que esta corporacion, tiene preparada ahora una edicion. Todos aquellos trozos, copiados literalmente de los escritos anteriores, como por ejemplo, las cartas de Cortés que Oviedo sin escrúpulo trasladó á sus páginas, enteras y sin variacion, aunque animadas algunas ocasiones con su crítica, pueden muy bien omitirse; pero el resto de la grande obra proporciona una masa de noticias diversas que serian muy útiles para la historia colonial de España.

Diego Muñoz Camargo, es una autoridad citada frecuentemente en estas páginas. Era un noble mestizo tlascalteca, y vivió en la última mitad del siglo XVI. Fué educado en la fe cristiana, y desde sus primeros años instruido en el castellano, en cuyo idioma compuso su *Historia de Tlascalala*. En esta obra da á conocer al lector los diferentes miembros de la gran familia nahuatlaca que vinieron sucesivamente á la Mesa de Méjico. Nacido y criado entre los nativos del pais, cuando las prácticas del paganismo no habian desaparecido enteramente, pudo Camargo comprender perfectamente la condicion de los antiguos habitantes, y su obra contiene noticias muy curiosas y auténticas respecto á las instituciones sociales y religiosas del pais en el tiempo de la conquista. Su patriotismo se aviva, cuando refiere las envejecidas hostilidades de sus compatriotas con los aztecas, y es singular observar cómo el odio de las naciones rivales sobrevivió á la sujecion de ambas al yugo castellano.

Camargo trae en su historia una relacion de este grande acontecimiento, y del establecimiento subsiguiente del pais. Como perteneciente á la familia india, debe esperarse ver reflejadas en su obra las preocupaciones, ó al menos parcialidad del indio; pero el convertido cristiano dá sus simpatías, tanto á los conquistadores como á sus compatriotas. El deseo de ponderar las hazañas de estos y hacer al mismo tiempo completa justicia á las proezas de los hombres blancos, produce algunas veces el mas caprichoso contraste en sus páginas, dando á la historia un aire notable de incongruencia. En cuanto á ejecucion literaria, la obra tiene poco mérito;

tanto sin embargo, cuanto era de esperar de un indio que debia el conocimiento del idioma á la imperfecta instruccion que pudieron darle los misioneros. Con todo, puede compararse en su estilo de una manera no desfavorable con los escritos de algunos de los mismos misioneros.

El manuscrito original, se conservó mucho tiempo en el convento de San Felipe Neri de Méjico, donde Torquemada, segun se deduce de algunas referencias que hace á él, pudo consultarlo. No ocupó la atencion de otros historiadores; pero Muñoz lo comprendió en su magnífica coleccion, y fué depositado en los archivos de la real academia de la historia de Madrid, de donde conseguí la copia que tengo en mi poder. Titúlase *Pedazo de historia verdadera*, y ni tiene el nombre del autor, ni está dividido en libros ó capítulos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE TOMO.

LIBRO I.

INTRODUCCION.—BOSQUEJO DE LA CIVILIZACION AZTECA.

CAPITULO I.

	Paginas.
Antigua Méjico.—Su clima y producciones.—Razas primitivas.—Imperio azteca.	1
Juicio crítico sobre „la historia antigua de Méjico,” escrita por Veytia.	12

CAPITULO II.

Sucesion á la corona.—Nobleza azteca.—Sistema judicial.—Leyes y rentas.—Instituciones militares.	14
Juicio crítico sobre la historia escrita por Torquemada, y la que trabajó el abad Clavijero.	31

CAPITULO III.

Mitología mejicana.—Orden sacerdotal.—Templos.—Sacrificios humanos.	33
Noticia biográfica de Sahagun. Juicio crítico de la historia que escribió.	51

CAPITULO IV.

Geroglíficos mejicanos.—Manuscritos.—Aritmética.—Cronología.—Astronomía.	54
Obra de Lord Kingsborough.—Noticia biográfica de Gama.	76

CAPITULO V.

Agricultura azteca.—Artes mejicanas.—Comerciantes.—Costumbres domésticas.	79
Noticias sobre Boturini, y juicio crítico de su obra.	95

CAPITULO VI.

Tezcucanos.—Su edad de oro.—Príncipes ilustres.—Decadencia de su monarquía.	97
Juicio crítico sobre los escritos de Ixtlilxóchitl.	122